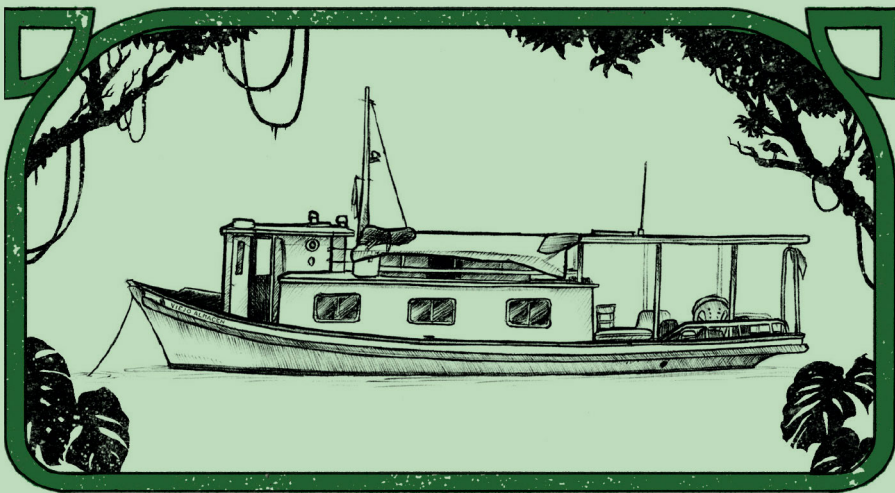




MARCOS ARAMBURU

PANTANAL

Prólogo de Camila Sosa Villada



 Planeta



MARCOS ARAMBURU

PANTANAL

Prólogo de Camila Sosa Villada

Ilustraciones de Martín Mak

 Planeta

I

—¿A veces pensás en por qué se mandaron a hacer algo así? —le pregunto a mi viejo mientras lo veo levantar la caca del perro con una pinza y una bolsa.

—¿En qué sentido?

—Digo... ¿Alguna vez pensaste en por qué a los setenta y tres años decidieron encarar una travesía de este tipo y se subieron a un barco durante casi cuatro meses?

—Ah. No sé... Por navegar.

—Sí, pero navegar se puede navegar acá, en el Delta. ¿Qué hay en la aventura? ¿Por qué la meta de ir hasta el Pantanal?

Mi papá se queda quieto. En una mano tiene la bolsa de soretos y en la otra, a la altura del hombro, la pinza. Parece una estatua al juntador de caca de perro.

—A mí me encantó una vez que a uno de esos locos que suben montañas, un escalador, le pregun-

taron por qué se jugaba la vida para subir creo que al Everest y el tipo dijo: “Bueno... porque está ahí”.

El hombre al que se refiere mi papá es George Mallory, un escalador inglés muy famoso en los años 20, que fue parte de las primeras expediciones británicas que se propusieron subir hasta la cima del Everest. Y es cierto, cuando en una conferencia de prensa le preguntaron por qué lo hacía, dijo: “Because it’s there”. Pero hay al menos dos diferencias fundamentales entre la historia de Mallory y la de mi viejo. La primera es que no es del todo verdad que los ingleses subieran la montaña “porque estaba ahí”: se trataban de expediciones oficiales financiadas por la corona británica y por tanto tenían una motivación imperialista. Los del Viejo Almacén, en cambio, eran dos jubilados con el único objetivo de saber qué había detrás de la siguiente curva del río. La segunda diferencia es que George Mallory nunca volvió de su tercera expedición al Everest en 1924 y su cuerpo fue encontrado recién setenta y cinco años después, mientras que mi papá, a tres meses de haber vuelto de su travesía por el Pantanal, camina en calzoncillos por el jardín de su casa en Villa Adelina.

La idea de comprar un barco destruido, arreglarlo durante sus últimos quince años de trabajo

y viajar apenas se jubilaran desde el norte de la provincia de Buenos Aires por cuatro meses hasta llegar al Pantanal de Brasil tiene un origen: un tal Ezcurra, un tipo diez años mayor que ellos, al que Fernando y mi viejo conocen desde la adolescencia, porque era de los que los invitaba a trabajar como tripulantes voluntarios en las regatas. Ezcurra era el dueño de El Negrito, un barco de madera parecido al Viejo Almacén pero con el casco redondo, con el que en el año 2000 fue contratado por la hidrovía para que hiciera un relevamiento de las profundidades de la zona. Volvió tres años después, un poco más flaco y con la cara de alguien que vio cosas y tiene ganas de contarlas. En sus relatos aparecían yacarés gigantes de ojos rojos como rubíes, aves de todos los colores conocidos, yagaretés que daban saltos de tres o cuatro metros para trepar árboles, hormigueros duros como el cemento y hasta algunas criaturas que rozaban lo fantástico, como unos peces alargados con cara de mujer a los que él llamaba “sirenitas”.

En los cuentos de Ezcurra siempre aparecía Corumbá, una ciudad brasilera de más de trescientos años, en la frontera con Bolivia, que es uno de los últimos puertos del río Paraguay. Desde ahí salía hacia el Atlántico el oro, el caucho y los

productos que se exportaban, o se robaban, desde Bolivia y el sur de Brasil hacia Europa. Es uno de los puntos más al norte al que se puede llegar navegando por río desde Buenos Aires. Pero fundamentalmente, lo que la volvía atractiva y casi irresistible era la “mística” que Ezcurra le imprimía en sus anécdotas. Uno de esos lugares en donde la historia, la naturaleza y la brutalidad del presente forman una tormenta perfecta para los aventureros. Por eso la idea de seguir los pasos de El Negrito empezó a tomar forma detrás de un objetivo concreto: llegar a Corumbá. Una marca en el mapa a la cual apuntarle, un norte.

El proceso duró quince años de obsesión. Quince años leyendo libros y artículos sobre Corumbá, investigando todo lo que estaba en internet, bombardeando a preguntas a cualquier persona que osara mencionar esa ciudad. Quince años en los que, mientras clavaban maderas o desengrasaban piezas del motor, pensaron en eso, en llegar ahí, en tirar el ancla por última vez y que se clave en el corazón del Pantanal.

Hace unos minutos que mi papá está en silencio. Ya no junta caca, ahora está subido a una escalera y con una tijera va podando las ramas más altas de un fresno. Mi papá ama los fresnos, dice que son

maravillosos (usa esa palabra) porque crecen rápido y dan sombra. Y él también ama la sombra. En el tronco del árbol creció una orquídea del Delta que es el mayor orgullo de todo su jardín.

—Calculo que todo esto debe tener algo de desafío personal, de decir “yo lo hice” —dice desde arriba del árbol—, de ponerse la meta y pensar: “¿Vamos a llegar nosotros?”.

Roby y Fernando navegan juntos desde los doce años. Se subían de prestado a barcos de algún tío de un amigo, o de cualquiera que necesitara dos pendejos que pudieran atar un cabo, izar una vela o hacer un poco de fuerza. Una amistad flotante. Si bien ambos navegaron en el mar muchas veces, son animales de agua dulce: les gusta el barro, los juncos, los cachalotes. “Navegar en el mar tiene una adrenalina distinta que nace de la idea de superar las dificultades y llegar a algún lugar; en cambio el río no, el río no se trata de llegar sino de seguir. Siempre te dan ganas de seguir” me contestó mi papá la única vez que le consulté por esta preferencia.

Salí con ellos muchísimas veces en mi infancia. En los diferentes barcos que fue teniendo y vendiendo Fernando, porque mi papá hasta el Viejo Almacén nunca había tenido uno propio. Fines de

semana enteros en el Delta, que a veces me ape-
na no haber disfrutado tanto. Me aburría un poco
entre los adultos. Creo que a todos nos pasa re-
cordar cosas y sentir que podrías haber sido más
agradecido o más curioso. Es una angustia breve,
un pensamiento fugaz en donde uno se detiene un
minuto a castigarse por no haber valorado más
unas vacaciones en carpa hace veinticinco años y
luego lo deja ir.

Durante esas salidas al río vi a muchos hombres
fracasar en su intento de pescar. También aprendí a
no marearme por el movimiento del agua, mante-
niendo la mirada fija en el horizonte. Fue ahí que
escuché por primera vez una frase que luego se
repetió miles de veces en viajes familiares, en asa-
dos, en navidades y en todas partes: “Mientras haya
hielo hay esperanza”, decían mi papá y sus amigos.
La decían y reían, la volvían a decir y brindaban. Yo
obviamente tardé varios años en entenderla. Pen-
saba que era un chiste. Tuve que crecer bastante
para ver su potencia, su simplicidad, su capacidad
de sintetizar un concepto tan contradictorio como
la esperanza en un cubo de hielo que, mientras nos
hace felices, está desapareciendo.

Hay algo de la quietud que ni mi papá ni yo
tenemos. Es como si fuésemos una bicicleta que

solo puede funcionar moviéndose porque si se frena pierde el equilibrio. Así que para que podamos conversar en paz, tienen que ir pasando cosas mientras tanto. Él ahora le hace pequeños tajos al limonero con un machete, dice que es la última chance que tiene de revivirlo. Es un limonero histórico en su jardín, el responsable de que durante años uno se fuera de la casa de mi viejo con una bolsa de limones que él casi que te obligaba a llevar. Pero hace tres o cuatro meses, justo después de la vuelta del Viejo Almacén, el árbol se apestó y empezó a morirse. De un día para el otro varias ramas se secaron y perdieron sus hojas. Y entonces lo único que queda, según mi papá, es cagarlo a machetazos como hacían los tanos que tenían plantaciones de cítricos en el Delta, para ver si de esos cortes salen nuevos brotes que lo revitalicen. Mientras levanto del piso las partes enfermas que fue podando, pienso en cómo se debe ver desde afuera esa imagen que yo tengo naturalizada: la de un hombre barbudo, en panza y en calzones, dándole espadazos a un árbol que quiere como si fuese una mascota, para ver si su propia sangre es la que termina de curarlo.

—Y a Iturbe, ¿de dónde lo sacaron? —le pregunto cuando deja de golpear.

—Lo fuimos a buscar a Burzaco hace unos años, cuando nos enteramos de que él había ido hasta Corumbá en 2013.

—Pero ¿cómo se enteraron de que existía?

—Buscando. Empezamos a leer todo sobre Corumbá y llegamos a un video de YouTube de un tipo de Burzaco que había ido hasta allá y entonces lo llamamos por teléfono y nos dijo que lo fuéramos a ver a la casa.

El aventurero y el contador de historias son dos personalidades que suelen coexistir en una sola alma. O quizás pienso eso porque de los aventureros silenciosos nadie se entera. Y entre ellos se buscan, se necesitan. Se cuentan cuáles son los mejores caminos, se advierten de los peligros de cada lugar y, sobre todo, se recomiendan dónde parar a comer. Por eso lo fueron a buscar a Iturbe en su momento, mucho antes de saber que lo convencerían de volver a ir.

—Es un fenómeno el tipo, tucumano —dice mi viejo, que siempre hace eso: te da un dato inesperado de una persona para reforzar una idea que aparentemente no tiene relación. Por ejemplo: “Buen tipo, es herrero”—. Nos recibió en su casa un domingo, llevamos unas facturas y estuvimos charlando como siete horas.

Conociendo a mi papá, creo que lo que más le gustaba de Iturbe no era que fuera tucumano sino que, al igual que él, se reconociera identitariamente como vasco. No sé por qué le importa tanto, pero le importa. Y al parecer durante el viaje jodieron mucho con eso, con que ambos eran vascos. Un vasco tucumano y otro de Villa Adelina, muchísimo más peligrosos que los de la ETA.

Aquel domingo en Burzaco, conversaron sobre la primera expedición que hizo Iturbe con El Conquistador, su barco, sobre las cosas que les convenía llevar desde Buenos Aires, sobre las dificultades del abastecimiento de combustible y sobre los peligros de navegar de noche.

—¿Qué peligros tiene navegar de noche? —le pregunto a mi papá, interrumpiéndolo—. ¿Por un tema de seguridad o porque no se ve nada?

—Por todo —dice mi viejo y un segundo después prende la bordeadora.

Pero Iturbe no solo tenía el conocimiento y la experiencia de haber ido en su barco. También tenía un elemento muy valioso y sobre todo muy difícil de conseguir: las cartas navales, los mapas del río. Porque esta época podrá ser la de la digitalidad, la de la crisis del soporte físico, la de los GPS, pero hay zonas de Brasil o de Paraguay en las

que uno no quiere depender ni de Elon Musk ni de nada que de un momento a otro pueda apagarse o fallar. Lugares en donde es mejor chequear el camino en una hoja manchada de mate y llena de anotaciones que en una pantalla. Pero, como todo lo bueno, esos mapas no son fáciles de conseguir. E Iturbe los tenía en dos versiones diferentes, una oficial y otra artesanal.

—Cuando vi las cartas del Aquidabán pensé que eran una pelotudez, parecían dibujadas por un chico, pero es demasiado perfecto, demasiado preciso... —dice mi viejo, que ya no corta el pasto sino que ahora fuma—, todo está ahí, todo. Hasta los lugares donde bajaba la gente. “Lo de Nelly”, por ejemplo. O las partes del río en donde suele haber poca profundidad.

El Aquidabán es un barco histórico de Paraguay que durante casi cincuenta años conectó la ciudad de Concepción con Bahía Negra, en la frontera con Brasil. Lo conocí en un viaje que hice con mis amigos en el año 2019, en el que navegamos treinta horas hasta llegar a Vallemí, uno de los puertos que están en la mitad del recorrido. Es un barco de pasajeros pero también de carga y también comercial. Lleva personas que duermen en hamacas distribuidas por todos lados haciendo

casi imposible la circulación en los pasillos, transporta motos, hace mudanzas y distribuye comida por lugares a los que es casi imposible llegar por tierra. Es el alma de la zona, o lo era hasta 2023, año en que dejó de navegar. En 2013, cuando Iturbe viajó al Pantanal por primera vez y tuvo que parar a cargar combustible y comida en Concepción, conoció al capitán del Aquidabán tomando una cerveza en un restaurante muy pequeño en el que servían pescado. Se pusieron a charlar y cuando el paraguayo se enteró de la travesía que estaba haciendo El Conquistador, le regaló las cartas del río Paraguay que él mismo había dibujado sin demasiadas pretensiones artísticas pero con una precisión quirúrgica en cuanto a lo cartográfico. Había estado casi treinta años timoneando ese recorrido, treinta años mirando el paisaje hasta sabérselo de memoria. Cada curva, cada banco de barro, todo plasmado en una hoja y dibujado a mano. Tener esas cartas no era solo tener el mapa, era tener el tesoro.

—¿Y las otras cartas? —pregunto.

—¿Cuáles? ¿Las oficiales? —pregunta mi papá, que ya sabe a qué me refiero pero que está haciendo un poco de tiempo para no reírse y ver hasta donde me cuenta la historia y hasta donde me miente—.

El tucumano las consiguió de un tipo que se las choreó del ejército brasileiro, andá a saber...

La anécdota del momento en el que Iturbe se sumó al viaje siempre me hace reír, me la contó mi papá por primera vez antes de irse a Corumbá. Fue ese mismo domingo en el que lo conocieron, después de siete horas de charla en la casa de Burzaco. Fernando y Roby ya le habían mostrado varias fotos de cómo estaba quedando el Viejo Almacén y el anfitrión hasta agarró la guitarra para tocar y cantar una versión muy sentida de "La pomeña". Siempre me los imaginé sentados alrededor de una mesa con mantel de hule en donde ya casi no quedaban facturas, solo esas pieles que van perdiendo los cañoncitos de dulce de leche y un sánduche de miga seco. Pero todo eso es imaginación mía. El diálogo, según mi papá, fue más o menos así:

—Así que van para allá... —dijo Iturbe.

Mi viejo y Fernando se quedaron en silencio como esperando el remate, estaban hacía horas hablando sobre eso, lo que volvía extraño que la intervención terminara ahí.

—Es lindo allá... Medio peligroso ir solos, pero muy lindo —reforzó el tucumano sin mirar a los ojos a nadie, con mucha menos sutileza de lo que él creía.

—Y bueno, venga con nosotros —dijo Fernando.

—¿Le parece? Y bueno, podría ser.

La seducción que se arma entre hombres adultos heterosexuales por su incapacidad de demostrar interés o amor es algo fascinante y poco explicado. A veces se menciona con palabras más bruta-mente varoniles como *códigos* o *rosca* pero es seducción pura. Frases inconclusas tiradas al aire, tonos, pausas, señales que se envían y señales que se leen, todo por no poder decir “Che, me caen bien, quiero ir al viaje con ustedes”. Se sienten bueyes midiéndose la fuerza a cabezazos pero son aves mostrando las plumas en una danza de apareamiento.

El jardín de Villa Adelina se llenó de olor a pasto fresco después de la pasada de la bordeadora. Mi papá se sienta en una silla de plástico por primera vez en casi una hora de conversación. Lo que pretendía ser una charla relajada en vísperas de un asado terminó siendo una maratón de actividades de jardinería. Pero está bien: si lo que se hereda no se roba, tampoco se critica. Y son varias las cosas que heredé de él, no solo la inquietud: la risa fuerte, el culo plano, el sueño que me da cuando veo una película, el desorden.

—Ahora hay que ver qué pasa con el Viejo Almacén —dice—. Ya está a la venta.

El proyecto Viejo Almacén fue pensado para hacer este viaje que acaba de terminar, así que su destino, ahora que ya volvieron, es incierto. Se lo compraron a un tipo que se llama Francisco Torrese, un isleño al que mi papá y Fernando conocen desde hace muchos años por pasarse tanto tiempo dando vueltas por el río. Aunque decirle barco a eso que compraron es muy generoso. Era solamente el casco de una antigua chata maderera de doce metros de largo construida en 1931. No más que eso. Un esqueleto viejo, un boceto. El período de construcción de la estructura duró aproximadamente seis años, entre 2010 y 2016. Eso es lo que tardaron en poder tirarlo al agua y que flotara. Para el interior de la cabina y las terminaciones se tomaron unos años más. Lo hicieron con Torrese, que no solo es ingeniero naval de oficio, sino que además es carpintero, electricista, mecánico y asador. Fernando y mi viejo viajaban al Delta todos los fines de semana a verlo y a llevarle materiales que iban comprando o recolectando.

—Con Fernando recorrimos todos los desarmeros del conurbano. También de repente algún amigo nos decía “Che, mirá que están tirando cosas de un edificio en Retiro” y nos íbamos para ahí a ver si algo servía.

Las tablas del casco son de muchas maderas diferentes. Algunas de incienso, otras de ibirapitá, otras de lapacho, y otras de guayubira, básicamente porque era lo que iban consiguiendo. Las puertas y las ventanas las habían tirado de una oficina y se las cargaron en el techo del auto. Mi tío, que tiene una bulonera en Caseros, les dio cientos de tornillos y les regaló una bocina de tren que suena a niveles delirantes. Y así, estos dos viejos cirujas fueron consiguiendo las piezas para construir su barco, la chata que los llevase a la aventura de sus vidas. “Uno no hace el viaje, es el viaje el que lo hace a uno” escribió John Steinbeck. Y así fue: la obsesión por el viaje los convirtió, les cambió sus rutinas, sus sueños, sus lecturas, sus conversaciones. El viaje los hizo a ellos mucho antes de zarpar.

Pero a este Frankenstein de maderas recauchutadas y aberturas recicladas le faltaba lo más importante: el corazón.

—El motor que tenemos es un caño —dice mi papá, orgulloso—: un Mercedes 1114, el típico motor de camión. De hecho es usado, así que probablemente lo haya sido en el pasado.

Me gusta pensar en que ese 1114 alguna vez hizo andar un camión por las rutas argentinas y que, como casi todos los camiones del país, enfilaba

seguido para el litoral y después para Brasil y que por algún motivo quedó atrapado en ese camino. Un espíritu que después de una promesa incumplida al Gauchito Gil o a San la Muerte quedó encerrado en un motor gasolero y cuya única forma de liberarse era volver al Pantanal llevando a estos dos señores delirantes a cumplir su misión.

Desde afuera, el barco parece una lancha almacén del Delta del Paraná. Fondo chato, la timonera adelante y tres ventanas cuadradas con los ángulos redondeados tipo colectivo de línea. Mide doce metros por tres cincuenta, un poco más ancha y más corta que las típicas colectivas. Adentro tiene cuatro cuquetas, una cocina y un baño con el tamaño justo para que entre un inodoro. Casi todo es de madera. En la popa, arriba del motor, hay un espacio, como si fuese un patio, en donde entran cuatro sillas y una mesa, y el techo, igual que en las lanchas colectivas, se usa como espacio de guardado. El casco es de un celeste verdoso muy lindo y muy usado en las embarcaciones de la zona, la cabina es blanca y en el medio los separa la borda, pintada de amarillo, en donde dice, todo en mayúscula “Viejo Almacén”.

El nombre tiene varias capas de significado. Obviamente juega con su parentesco físico con

las lanchas que pasan dos o tres veces por semana abasteciendo el Delta de alimentos, hielo y cerveza. Pero hay más.

—Todos los barcos que tuvo Fernando tenían nombres tangueros —dice mi viejo mientras se para porque ya estuvo demasiado tiempo quieto—: el Percanta, el Milonguita..., y bueno, acá calzaba perfecto.

“Percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida” canta Gardel en “Mi noche triste”, el primer tango que grabó en su vida. En “Mano a mano”, un tango que también es de Gardel y que luego reversionaron Hugo del Carril, Edmundo Rivero, Julio Sosa y Goyeneche, dice “Como juega el gato maula con el mísero ratón”. Así que Fernando le puso Gato Maula a un barco que tuvo y Mísero Ratón al bote que llevaba remolcado.

El Viejo Almacén es un bar de tango que fundó Edmundo Rivero en el 69. Está sobre la avenida Paseo Colón, en San Telmo, y se llama así en honor a “Sentimiento gaucho”, un tango mucho más viejo de Juan Adrián Canaro que, para variar, también grabó Gardel y dice: “En un viejo almacén del Paseo Colón,/ donde van los que tienen perdida la fe,/ todo sucio, harapiento, una tarde encontré/ a un borracho sentado en oscuro rincón”.

—Me acuerdo una vez que fuimos a la Ciudad Deportiva de La Boca. Acabábamos de terminar quinto año y volvíamos caminando por Paseo Colón para tomar el tren en Retiro, Fernando estaba también. Y en eso pasamos por el Viejo Almacén —me cuenta—. Quisimos entrar pero no nos dejaron, no me acuerdo si por la pinta, por la guita o por la edad, no sé. El tema es que nos quedamos en la vereda y lo escuchamos cantar a Edmundo Rivero desde la calle, nos dio una bronca.

Ya es mediodía en Villa Adelina, habría que ir prendiendo el fuego. “Habría que”, mi papá odia ese sintagma.

—¿Tus cosas bien? —me pregunta.

—Bien, sí.

Ante mi respuesta breve y concisa me doy cuenta de que siente alivio. Nos cuesta un poco hablar si no hay un tema concreto. El trabajo, el fútbol, el viaje, mis hermanas. “Tus cosas” es un concepto demasiado abstracto, no nos va a salir abordarlo, por eso le respondo tan corto, para sacármelo de encima. A la mayoría de mis amigos les pasa parecido con sus padres. Son escurridizos los viejos, no es fácil engancharlos en una conversación que no tenga que ver con el afuera. Requiere de cierta astucia, de saber camuflar los temas más

profundos entre resultados deportivos, novedades de la vida cotidiana y anécdotas del pasado.

—¿Tuviste miedo en algún momento del viaje?

—Creo que no, no sé. Esperame que quiero ver si a tu hermana le falta mucho así voy prendiendo el fuego.

Se me escapó. Es un pez de río, embarrado, resbaladizo; un gran surubí. Ya va a picar.